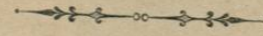


DEDICATORIA



Mi querido General.

Perpetuar la memoria de los grandes hombres, y cooperar á que la gratitud nacional, supliendo á la Congregación de Ritos, los canónicos, es deber ineludible del partidario y del amigo.

Todas las naciones del mundo han guardado con religioso respeto las hojas de su historia, y como en el pueblo mexicano, si acaso hay perjuros, su inmensa mayoría se compone de patriotas, obligado me creo, testigo presencial de muchas proezas, á relatarlas, revestidas con el ropaje de la verdad.

El extinguido Cuerpo de Ejército de Oriente, fué actor de primer orden en el teatro de nuestras guerras, y aunque en su oportunidad se conocieron muchos hechos y se aplaudieron muchas victorias, la polilla del tiempo ha roído el recuerdo en los archivos ambulantes de la opinión pública. A reponer esos perjuicios y á completar las bibliotecas populares, tiendo mi humilde trabajo, superior á mis fuerzas; pero hijo de la admiración que me inspira el Jefe que me condujo siempre á la victoria.

No coleccionado datos, documentos y planos que comprueben la realidad de mis asertos, y aunque mi obra carezca de mérito, como obra mía, nadie, ni la envidia, ni la maledicencia de los hombres, podrá quitarle el brillo de la verdad histórica que refleja en vuestra frente, como digno General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente.

Mi objeto es agregar una hoja á la corona del triunfo que la Patria agradecida ha puesto sobre vuestra cabeza. No lo conseguirá mi insuficiencia; pero tengo confianza en que sabrá avaluar mi deseo mi antiguo y valiente General, á quien me parece redundante protestar mi adhesión, respeto y particular cariño.

México, Diciembre de 1891.

Manuel Santibañez.



Josefa Gonzalez

PRÓLOGO.



EN una mañana de Redención apareció en el cielo de la Patria la aurora de la Libertad; y así como el astrónomo dirige su anteojo para identificarse con el fenómeno cósmico, así el patriota afocó el telescopio de la esperanza al astro de primera magnitud que, apareciendo por la serranía de Oaxaca, había de iluminar desde el horizonte político el abismo de la conciencia, desterrando de ella al fantasma del Vaticano, como el sol, en las mañanas brumosas, desbarata al calor de sus rayos al espectro de Broken, en la cima de las montañas.

Los cometas del pensamiento, obedeciendo á la ley de la destrucción universal, desaparecen del cielo del Progreso; pero su cauda, la idea, sigue iluminando por toda la eternidad de los tiempos á las generaciones venideras. De allí data el que se venere su memoria y se glorifiquen sus hechos, porque la Patria, como la Religión, tiene sus Santos que algún día figurarán en el Calendario patriótico, precedido su nombre por dos cruces.

En la lucha titánica de un pueblo defendiendo su autonomía, se elevaba en el pedestal de su propia grandeza el hijo del labriego, como por sí solo se elevó en alas de su genio, el hijo del carpintero. Los redentores tienen sus puntos de contacto: unos nacen sobre el pesebre de Belem, otros en las cabañas de Ixtlán.

La fecundidad de la palabra ó la sublimidad del principio, forman á los creyentes ó á los partidarios: siguiendo al mártir de Judéa, se llamaron Apóstoles; defendiendo al Padre de la Libertad, se llamaron Patriotas.

Los primeros, rompiendo la tradición, hicieron de la Túnica Sagrada el lazo que atara el pensamiento á la carroza del fanatismo; los segundos, respetando el principio, el Testamento Constitucional, hicieron de él el arca de la Alianza, donde se ha salvado la gran familia liberal de los naufragios políticos.

Al referirme en este Prólogo al Apostolado de la Reforma, natural es que dedique algunas líneas al superviviente General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, quien si entonces fué la esperanza más halagadora de la Patria, hoy es el timbre de su gloria y la encarnación de su grandeza. Si al Benemérito de las Américas lo reconocemos como al cerebro del organismo republicano, natural es entonces reconocer al General Díaz como al alma de ese mismo organismo; ángulo de incidencia que es igual al ángulo de reflexión.

El sentimiento popular, en todas las naciones del globo, ha sido siempre inspirado por los grandes hechos, y cuando á la lira de ese sentimiento se le arrancan acordes de gratitud, himnos de admiración y cánticos de alabanza, es porque el ídolo logró hacerse de todas las voluntades y conquistó todos los afectos: la popularidad es el patrimonio de los benefactores: el tirano avasalla; el generoso seduce. Obedeciendo á ese principio, el pueblo mexicano vá en masa á las antecámaras del Palacio Nacional á quemar el incienso de su cariño el día del cumpleaños de su Presidente; y debemos tener en cuenta que este pueblo no nació á la libertad para desempeñar el humilde oficio de acólito en el templo del Progreso: así lo demostró en los muros de Puebla, en Oaxaca, en Miahuatlán, en la Carbonera, Lachitova y en San Lorenzo.

Cuando la fama de un hombre logra traspasar las fronteras de su Patria y su permanencia en el Poder decide el alza de los bonos mexicanos en el mercado del mundo; cuando en el banquete de la mordacidad pública no se sirve el platillo de la política financiera del General Díaz, debemos creer entonces que ese hombre mereció el puesto para que al mundo vino predestinado: comenzó por ser Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, siguió siendo Jefe en el movimiento salvador iniciado en Tuxtepec, Jefe después del Gobierno Republicano, y Jefe, título muy honroso por cierto, del invencible partido liberal. Su popularidad ha llegado á conmover al caduco partido conservador: «*El Tiempo*,» periódico nada sospechoso en sus ideas, dice en su número correspondiente al día 28 de Octubre anterior, entre otras cosas, lo siguiente:

¡Personas, no principios!

Por ahí se nos ha quedado traspapelada una contestación á cierto colega que con grande enojo respondió á nuestros asertos sobre la necesidad de que el Sr. Gral. Díaz continúe ocupando el poder si la paz ha de conservarse, si no ha de surgir una espantosa anarquía que apesure más y más el bello ideal de los liberales, ideal al que ellos dan el nombre un poco fatalista de El Destino manifiesto. Hubiéramos deseado una poca de más calma en el colega, pero pedir que los liberales nos contesten sin enojo, es pedir peras al olmo.

Desde luego, no es cierto que nuestros artículos lleven por objeto adular al primer Magistrado de la República. Recuérdese que en el artículo que dá origen á esta polémica, dijimos que si deudora es la patria al General Díaz de la paz que se disfruta, no es ella el único bien que está obligado á darle, pues hay otros muchos que también tiene derecho á esperar de él y que los espera en vano. Esto no es precisamente una adulación; esto es ser

imparciales y elogiar aquello que merece elogio y censurar aunque, sin acrimonia y por el contrario con templanza, aquello que censuras merece. Por el mismo camino de imparcialidad vamos á seguir en este artículo.

Pretende el periódico que nos combate, que la paz que se disfruta en nuestra nación no es obra exclusiva del actual Presidente, sino del cansancio del pueblo que ya no quiere guerras sino comer con tranquilidad el pedazo de pán que le proporciona su pacífico trabajo. Pretende el colega que este pueblo, lo mismo se avendría con el General Díaz que con otro; lo mismo sin duda con un Barrios que con un García Moréno; que lo que quiere es paz, sin dársele un ardite quién sea su gobernante; que la misma indiferencia con que vé las elecciones prueba es de que, mande Juan ó mande Pedro, si no le es absolutamente igual, si lo vé como cuestión muy secundaria; en suma, que lo que hay en México no es paz sino cansancio.

Algo de verdad hay en todo eso, pero léjos de destruir nuestros asertos, viene, por el contrario, confirmándolos. Nosotros no hemos dicho que á la caída del General Díaz ó en su muerte, el pueblo se alzaré y hará la revolución... ¡ojalá que así fuera! porque una revolución popular concluye pronto. Lo que hemos dicho es que esa revolución la harán los muchos ambiciosos que hay y que hoy están enfrenados por el mismo D. Porfirio. El pueblo está cansado, y por lo mismo, cualquier caudillo con un puñado de hombres armados se enseñoreará de una población, mientras otro ambicioso se enseñorea de otra y aquel con otro puñado de soldados se apodera de la de más allá. El pueblo está cansado, y por lo mismo no tendrá ni ánimos para resistir, ni ilusión por ninguno de los merodeadores para adherírsele y terminar pronto la revuelta... Resultado, la anarquía.

Esas ambiciones reprimidas no son una suposición nuestra; algunas han estallado y ha sido necesario terror y sangre para reprimirlas. Ahí está el 25 de Junio en Veracruz, ahí el 1º de Noviembre en Zacatecas. Estos terribles ejemplares han puesto pavor y espanto en las ambiciones. Ellas ven al General Díaz con el mismo terror respetuoso con que el tigre contempla á su valiente domador..... lamiéndose los bigotes sin embargo. Pero si el domador llega á morir..... ¡oh, sería terrible!

Para que comprendáis bien lo que vendría muriendo el General Díaz, notad que todos los partidos que existen hoy en día, son personalistas. Ya no se grita por un lado «¡viva la religión!» y por el otro «¡viva la libertad!» Ya no hay bandera, ni programa, ni nada. Hoy los partidarios no se llaman conservadores ni liberales; hoy se llaman gonzalistas, romeristas, escobedistas, benitistas.... ¡fracciones! ¡fracciones! ¡fracciones! ¿Qué grito dan los gonzalistas? pues dicen «¡viva la Constitución!» ¿Y los demás? lo mismo. Todos convienen en que la Constitución ha muerto. ¿Cuál de los partidos la resucitará? Ninguno; y en cuanto al pueblo, le es indiferente que se la lleve el diablo.

Ved aquí el abismo á que estamos abocados; y sólo Dios puede remediar esta terrible situación, conjurar tan espantoso peligro. Estamos á las puertas de ese paraíso que nos prometieron los liberales al entronizarse; ellos, ellos son los que nos han traído hasta aquí.

La lógica del colega á quien combatimos es peregrina. «El pueblo está cansado, luego D. Porfirio Díaz no es el hombre necesario.» No se infiere, colega, no se infiere. Mucho mejor se deduce nuestro raciocinio. «El General

Díaz es el único que de hecho ha logrado enfrenar las ambiciones, luego el General Díaz es necesario para impedir que estallen esas ambiciones.» El antecedente es históricamente cierto, y el consiguiente rectamente deducido.

No se necesita ser gobiernista para percibir esa verdad, así como las muy duras que al gobierno solemos decir no son nacidas de un ciego espíritu de oposición, ni revelan inconsecuencia.

Nosotros somos consecuentes con la verdad y la justicia. Si el gobierno obra bien, consecuencia es elogiarlo, si obra mal, consecuencia es advertírsele. Tal es la misión de la prensa; adular á sueldo es vil; ladrar á un empleo, so pretexto de oposición, es villano también. *El Tiempo* jamás hará ni lo uno ni lo otro.

En resumen: nosotros sin ilusiones para lo porvenir, sin candidato entre los muchos personalísimos que hoy en la política aspiran al poder y suspiran platónicamente por el sillón presidencial, deseamos que lo conserve su actual poseedor, que al menos guarda la paz y enfrena á la anarquía. ¡Y ojalá que con igual energía corrigiera otros males sociales, que personas sensatas le señalan, ya por medio de la prensa, ya por otros conductos!

*
*
*

El General Santibañez relata con la sencillez de la verdad los acontecimientos de su vida militar; pero se entusiasma, se exalta, por decirlo así, al referirse al Jefe del Ejército á cuyas órdenes tuvo la honra de servir por largos años: testigo presencial de muchos hechos, gloriosos los unos, conmovedores los otros, se encuentra en aptitud de apreciar debidamente los rasgos más culminantes del Caudillo, ora llevando á sus soldados al combate, siempre el primero en las filas, ora levantando personalmente el campo de batalla, ora abrazando hasta el último corneta después del triunfo; ó bien ordenando que los alimentos que se le tenían preparados se den de preferencia á los heridos. Santibañez supone con justicia que el fin del combate era la carga más pesada que soportara el General Díaz en su ánimo: se le veía asistir cariñosamente á los heridos, y retirado ya á su alojamiento, entre bocado y bocado, se oía la orden dada á sus ayudantes para que fueran de nuevo al Hospital á informarse de la salud de las víctimas del destino. Ese afecto paternal para los que el General Díaz llamaba «mis compañeros de infortunio,» le ha valido siempre la supremacía en el respeto del subalterno, que al ver á su Jefe en peligro frente al enemigo, iba á ponerse á su lado para desafiar juntos á la muerte, más por cariño que por deber, más por gratitud que por obligación.

Cuando el infeliz soldado, blanco de todas las íras y depósito viviente de todos los sufrimientos, encuentra una mano amiga que lo acaricie y un acento bondadoso que lo consuele, siente en su corazón que levanta un eco la voz de la gratitud, tanto más potente, tanto más enérgica, cuanto menos podría esperarse que el magnate bajara del pedestal de su grandeza hasta el humilde tugurio del desheredado de la fortuna. Era que ante la voz del deber perdía su temple el alma del guerrero; especie de honores que en los cuarteles del sentimiento rinden los poderosos, pero los poderosos nobles, á la adversidad y á la desgracia.

A la franca cordialidad del campamento, el General Díaz ha sabido adunar la pulcritud de los salones, habiéndose captado en ellos tantas y tantas simpatías, que no hay reunión aristocrática á donde no se le invite, no por la cortesía y atención que se debe tener al Primer Magistrado, sí por la consideración que se tiene al bondadoso amigo. El apretón de su mano cierra el circuito en la corriente eléctrica de dos seres que simpatizan: su mirada es el para-rayo del odio, y el adversario que lo trata acaba por rendirse al suave influjo de la amistad que en una sonrisa se le brinda.

Esta obra viene á llenar un vacío inmenso en nuestra Historia Patria. Los diversos folletos, artículos y merecidas laudatorias á nuestros héroes, referentes á nuestras glorias nacionales, no facilitan su conocimiento porque cuesta algún trabajo coleccionarlos. Era necesario procurar á la posteridad una lente á cuyo través contemple á las figuras de por sí colosales de nuestra guerra de Independencia.

Esta obra ha sido hábilmente dividida en dos épocas: la primera se refiere á los que heroicamente se opusieron, por desgracia sin éxito, á que el invasor profanara con su planta nuestro suelo. La segunda época, coronada con los laureles del triunfo, se refiere á la guerra sin tregua declarada al invasor hasta que se lograra arrojarlo vergonzosamente del territorio nacional. En esta segunda época el éxito superó á las esperanzas, y en ella el General Díaz fué astro de primera magnitud que iluminó con ráfagas de gloria los futuros destinos de la Patria.

Pero dejo á la elegante pluma de mi amigo el General Santibañez el relato completo de las hazañas guerreras del Ejército de Oriente, en las cuales el Señor Presidente fué siempre el protagonista. Los lectores de esta Reseña encontrarán respecto del segundo mucho que aplaudir, más que admirar, algo con que sentir, y quizá, quizá, algo también con que llorar.

Debo ocuparme en seguida del autor de la Reseña, á quien dedico este Prólogo, como débil, pero sincero testimonio de la amistad que nos liga.

*
*
*

Al derredor del foco luminoso que en su rotación política imprime movimiento á muchos seres, está en primer término mi estimable amigo el General Manuel Santibañez. Su adhesión al Señor Presidente, lo ha hecho merecedor de distinciones honrosas, porque la lealtad de su carácter no le ha permitido ni siquiera entibiar el cariño que profesa al Jefe del partido Republicano, no hoy que está colocado en la cúspide de la grandeza, sino desde que recorrieron juntos el calvario de nuestra regeneración político-social, como que fué una amistad consagrada entre el humo de los combates, cuando el subalterno seguía al superior por afecto; cuando se veía en lontananza el patíbulo levantado por la famosa ley de 3 de Octubre; cuando en vez de la corona del triunfo bien pudo el partidario ceñirse la corona del martirio. Cuando la Patria, representada por el Indio Sublime se apoyaba en el bordón del peregrino y pedía á nuestras fronteras una faja de terreno en donde enarbolar su pabellón; cuando el porvenir oscuro y el horizonte nublado autorizaban al cobarde á darse por perdido en la ruta del deber, y

cuando se necesitaba honradez sin alarde y patriotismo sin presunción, entonces fué cuando Santibañez tremoló en la línea de Oriente la bandera de la Libertad. Prefirió los harapos del mendigo al faustoso uniforme de los lacayos del crimen.

En la época luctuosa del campamento revolucionario, cuando no había curul en el Congreso, ni grado en el escalafón del Ejército; cuando el pagador general de la División llevaba la cuenta de caja en la canal de un cigarro, y en un par de morrales viajaba la proveeduría, entonces fué cuando el Señor General Díaz pudo apreciar la grandeza de alma de sus amigos, entre los que ocupa lugar preferente Santibañez. Las consideraciones que se le guardan, las merece. Si después del combate se le veía revisando el armamento y reconociendo las municiones, antes de él se le admiraba dando instrucción á la tropa con la sangre fría de quien solo ha paseado sus arreos militares dentro de los recintos de los cuarteles: es que Santibañez está avezado al peligro, y sabe que el soldado necesita ejemplos de serenidad y de valor.

La carrera militar de mi estimado amigo ha sido por rigurosa escala, y sus ascensos han obedecido á la justicia en que se inspiraron sus superiores: el Orden, la Libertad y la Constitución siempre tuvieron la espada de Santibañez á su servicio: lo atestiguan sus grados; lo justifican sus honrosos antecedentes; su brillante hoja de servicios no tiene mancha alguna; podría ponerla á la espectación pública para que todo el mundo viera que á la hora de la prueba, de la amenaza ó del destierro, su fé fué inquebrantable, su lealtad invencible. Es el más rico tesoro que lega á sus hijos para que, conservándolo inmaculado, sirva de base al árbol genealógico de los herederos de su nombre.

Supongo que Santibañez se ha dejado dominar por la ambición, pero también estoy seguro, porque lo conozco á fondo, de que al perseguir su ideal con el movimiento febril de ese sentimiento, se detuvo ante la barrera de la honradez, porque nunca ha empuñado la barreta del crimen para abrirle paso á las malas pasiones. El que se entenece cuando relata la agonía de su fiel asistente herido en una de tantas campañas á que los dos asistieron, tiene alma noble y corazón generoso; es decir, no necesita arrodillarse ante el altar de la penitencia, para recibir el *Ego te absolvo* de los amigos sinceros.

La maledicencia pública, ese microbio incansable que no muere con los antisépticos, ni se destruye con los profilácticos, no ha logrado hacer sentir su perniciosa influencia en la honra de mi estimado amigo; así lo justifica el aprecio universal de que Santibañez disfruta: A su título de honrado, y para merecer más consideraciones, aduna su carácter franco, amable y jovial. Las escalas sociales no tienen en su ánimo importancia alguna; tan pronto estrecha con efusión la mano calzada con el guante, como acaricia la del obrero salpicada con la callosidad que produce el roce continuo de los útiles de trabajo. En el templo de la honradez no reconoce categorías: con la cabeza descubierta, y en pié, recibe en su hogar al potentado; con la misma y respetuosa actitud recibe al jornalero. De General á Subteniente, á todos dá el título de «compañero,» y con el afecto de amigo, y no con la altanería del superior, oye la queja de sus subordinados.

Mi pluma, entusiasmada al recuerdo de los hechos que relato, no quisiera detenerse; pero es preciso poner término, aun contra la voluntad, á este Prólogo, que va extendiéndose demasiado, á fin de que la ansiedad de los lectores se satisfaga cuanto antes, extaciándose con la lectura de una Reseña que dá á conocer hechos imperecederos en el recuerdo de los pueblos libres.

Con gusto dedicaría algunos renglones á cada uno de los valientes que compusieron el Cuerpo de Ejército de Oriente: todos, sin excepción, tienen derecho á la gratitud nacional, y la gratitud nacional tarde ó temprano levantará un monumento que perpetúe la memoria de los infatigables defensores de nuestros derechos, de nuestra libertad y de nuestra Patria; pero mi único objeto ha sido rendir público testimonio de mi respeto al que con valor increíble arrancó á Puebla el 2 de Abril de 1867 su título de invicta, y rendido homenaje de gratitud á mi amigo el Señor General Manuel Santibañez, á quien debo señalados servicios.

*
*
*

La Oliva de la Paz, sembrada en Tuxtepec hace 16 años, ha extendido sus ramas de uno á otro confín de la República, y bajo su sombra protectora, el pueblo mexicano ha visto realizar al poder público mejoras de importancia, y, sobre todo, ha visto con orgullo á la Patria ocupando sitio de honor en los mercados del mundo: en la última revuelta de las Repúblicas de Centro América, el pueblo ha visto que se apelaba á la influencia moral de México, cuyo apoyo al tirano hubiera sido la sentencia de muerte á los pueblos libres.

Para terminar, dirijamos una mirada retrospectiva á nuestra Patria.

La falsa creencia en la redención bajo los auspicios de un Príncipe extranjero, construyó un trono derribado al soplo de un pueblo que ama á la libertad, y en el cerro de las Campanas, con el filibustero imperial, exhalaban el último aliento el revolucionario de mitra y el conspirador de confesonario.

Muertas las esperanzas del eterno trastornador del orden público; dado el golpe de gracia al monstruo de cien cabezas que desde la Cátedra de San Pedro predicaba la rebelión, el mundo creyó que, dueños ya nosotros de los futuros destinos de México, el desenfreno del odio, el torrente de la venganza y el huracán de las represalias prolongarían por tiempo indefinido nuestra convalecencia política: no esperaba por cierto el mundo que en el arco triunfal de nuestra Patria vendría pronto á escribir con letras de oro: "HEROICA EN LA DEFENSA: SUBLIME EN LA ADVERSIDAD: MAGNÁNIMA EN EL TRIUNFO." Al dar el grandioso espectáculo del 93 en Francia, derribando la Bastilla clerical, donde se ponían esposas al pensamiento, se atormentaba á la conciencia y se traficaba con la honra, demostramos en el terreno de los hechos que sabíamos hacer uso de la libertad conquistada á costa de tan cruentos sacrificios; que la bandera de Dolores Hidalgo, de Ayutla y de Zaragoza al ondear llena de gloria sobre el Palacio Nacional, contestaba á la ley de 3 de Octubre con la generosa absolución de los pecadores, y en vez de llevar á sus hijos á entonar el *De profundis* al partido vencido y humillado, rodeados de esa gloriosa enseña y ante el altar de la Patria, entonamos el *Te deum* de la Libertad con las hermosas estrofas de nuestro himno. Al fecundante riego de las mejoras materiales, renace la confianza pública; los ferrocarriles nos

ponen en contacto con el coloso del Norte; recobramos nuestra influencia en los destinos de la América-latina; se nos abren las cajas de los Banqueros europeos y, por último, se nos reconoce como dignos de tomar participio en los congresos científicos y en las asambleas humanitarias.

Nada de lo anterior habíamos logrado en nuestra existencia política: ¿Sería que éramos jóvenes? Jóvenes somos aún, y 16 años de paz no bastan para educar á un pueblo en la grandeza de su soberanía.

Busquémos la causa.

La revolución de Tuxtepec se coronó con los laureles del triunfo, y el Mandatario Provisional se dedicó á calmar la sed de progreso que tenía el pueblo mexicano: convencido el Gobierno de que: «*El trabajo es la paz,*» substituyó al presupuesto de Guerra con el presupuesto de Fomento, y el pueblo trabajador cambió con gusto el fusil por el azadón ó el zapapico: el tesoro público, ese gran irrigador de los organismos sociales, fomentó industrias, subvencionó empresas, construyó monumentos y hermoseó las ciudades; en una palabra, se aseguró para siempre la tranquilidad pública sin perseguir al sospechoso, sin molestar al desconocido, sin comprometer para nada la honra de la Patria.

No tema el Pacificador que el fantasma del olvido aleje de su tumba al pueblo mexicano, cuando cumpliendo con la ley de la destrucción universal baje al sepulcro: nó; el pueblo que concurre año por año el 18 de Julio al sarcófago del Redentor, garantiza á sus benefactores el recuerdo.

¡Loor eterno al General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente!

¡Loor eterno á sus colaboradores!

México, Diciembre de 1891.

Amalio Romero.



RESEÑA HISTÓRICA

DEL

CUERPO DE EJÉRCITO DE ORIENTE

Primera época.

(Del 23 de Noviembre de 1861 al 17 de Mayo de 1863).

I.



AY aventureros de sangre real que no se conforman con tener espléndidos castillos ni atenciones inmerecidas; espíritus impacientes que gustan en trastornar la paz de un pueblo, con tal de ceñirse una corona, por más que en ella se ciernan, como terrible amenaza, la maldición del subyugado, la execración del vencido y la reprobación universal. Para lograr sus fines, sin avergonzarse de los medios, y llevar al terreno de la práctica sus ambiciones, esos aventureros se unen á los rufianes políticos, y en la misma barca navegan la nobleza heredada y la ruindad adquirida..... Maximiliano de Hapsburgo..... Juan N. Almonte.